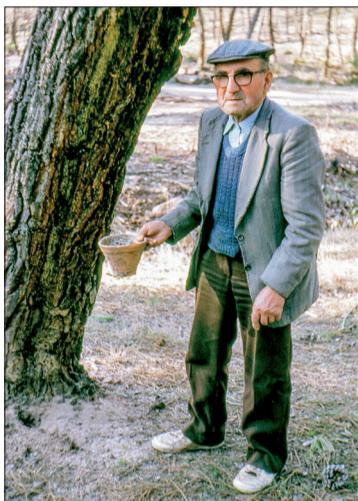




NUESTRO FOLKLORE



Gerardo Loscos. Ribas de Saelices.



Donato Mínguez. El Espinar.



Francisco Martín. El Cardoso de la Sierra.

FOTOS: JOSÉ ANTONIO ALONSO



Convivir en este verano

Hemos escrito muchas veces de la convivencia como algo necesario para seguir la buena marcha entre unos y otros, apelando siempre a ella como algo vital en las relaciones humanas y ahora nos parece especialmente importante, aunque extraordinariamente complicado, ante la llegada de un verano con recuperación total de sus fiestas y al tiempo una pandemia que no solo no ha pasado sino que se extiende como la polvorilla, aunque parezca que como poco más que un catarro. Además, nos informan de que las fiestas de la capital tendrán lugar en el centro de la misma con lo que el ruido y las molestias que un día hicieron que fueran sacadas de aquí volverán a generar incidencias entre los vecinos que requieren descanso por cualquier circunstancia y aquellos, como hombres lúdicos que somos, que buscan la diversión propia de cualquier festejo y más aún, si cabe, cuando llevan dos años sin celebrarse. Convivir es tan fácil algunas veces como casi imposible en otras.

Nuestro comentario hoy quiere hacerse eco de lo difícil que resulta conjugar los deseos y aspiraciones de unos con las necesidades de otros. Es tan difícil la convivencia como necesaria. Deseamos que la sociabilidad sea la que se imponga y no los estragos que podría causar el virus ante las multitudes que implican los grandes actos de fiestas y que ciertamente, tal vez por mayores, nos preocupan. Conocemos de bastantes casos que están pasando la enfermedad, muchos medio bien, pero otros no tanto, no lo obviamos. Ciertamente cada uno de nosotros somos distintos...pero no menos cierto que todos somos iguales. Ojala que la inteligencia que todos tenemos sea la que permita vivir este tiempo de verano en paz y con respeto entre todos. Y con estos mimbres iniciamos un mes de julio que ya supone la entrada definitiva en ese verano siempre querido.

# Informantes: los hombres y mujeres-libro



JOSÉ ANTONIO ALONSO Etnólogo

Con el nombre de “informantes” se conoce, en el mundo de la Etnografía, a las personas que nos informan, que nos dan noticia de sus conocimientos, normalmente transmitidos de generación en generación. Luego, con el tiempo, he ido encontrando otros nombres que también definían a estas personas: el más genérico, de “fuentes” o “fuentes documentales”, engloba también a otros manantiales de donde hemos extraído el conocimiento. Ahí ya, entran los documentos de todo tipo: papeles, dibujos, fotografías, grabaciones, etc. Hace unas décadas, se puso de moda hablar de los **hombres-libro** (Ver, por ej. *la Memoria de los hombres-libro* de Luis Miguel Bajén y Fernando Gabarrús, Zaragoza, 2002), con lo que se intentaba acercar al público a la idea de cúmulo de sabiduría que tienen esas personas, a pesar de que su memoria no solía formar parte de los libros, ni de las bibliotecas al uso. En aquel momento todavía no estaba generalizado el lenguaje inclusivo. Hoy tendríamos que hablar también de mujeres-libro, para especificar, también en los titulares, a la parte femenina que, obviamente, ha conservado y transmitido, de igual manera, nuestro folklore, nuestro “saber popular”.

A mí la palabra “informante” me chocaba bastante al principio; me resultaba demasiado fría para nombrar a las gentes cercanas de mi familia, al comienzo; de mi pueblo, enseguida; y luego ya de los pueblos y ciudades de la provincia y de la región donde he ido recopilando información.

Echo una mirada atrás para recordar a los hombres y mujeres que,



Mujeres cantoras. Peñalén.

desde hace más de cuarenta años, me han aportado su sabiduría y pienso en que soy una persona afortunada por haberme encontrado con ellos. Siempre me ha gustado escuchar a la gente mayor. No he tenido que hacer ningún esfuerzo, porque me apetecía y me sigue apeteciendo hacerlo, y las cosas que salen del alma se hacen con naturalidad. Al principio solo buscaba canciones para añadir las a nuestro repertorio. Eran los tiempos en que “los chicos del Mester”, *Joaquín Díaz, Hadit, La Fanega, La Ronda Segoviana, Jubal, Nuestro Pequeño Mundo*, etc., ya llevaban años rodando por los escenarios. Frecuentemente sus canciones coincidían con el amplio repertorio que yo había oído a mi madre, desde niño. Eso significó, para mí, y para mucha gente de mi edad, un punto de inflexión: los romances que nuestras madres, abuelas y padres conocían eran muy similares a los que muchos grupos y algunos solistas dejaban grabados en los vinilos y casetes de entonces. Aquellos “cantares”, como los llama mi madre, no eran solo cosa de personas de pueblo, pastores y gentes consideradas entonces “sin cultura”, equivocadamente. También muchos jóvenes melencidos y chicas de ceñidas ropas y pantalones acampanados, universitarios

muchos, los interpretaban en los colegios mayores de Madrid y en las plazas con soportales de nuestros pueblos mesetarios.

Después, sin darme cuenta, lo uno llevó a lo otro, y el reencuentro con el cancionero tradicional familiar llevó al estudio y al interés por otros aspectos del folklore: la tradición oral, en general, la danza, los instrumentos, la gastronomía, la artesanía, las fiestas y todo lo que subyacía bajo ello: las creencias, la filosofía popular, los mitos, los símbolos. Poco a poco, en mi cabeza, al igual que en las de otros compañeros y compañeras, amantes del folklore, iban encajando las piezas de ese mundo de la cultura tradicional, que ahora me parece casi inabarcable, en extensión, pero cada vez más comprensible.

Al principio mis entrevistas carecían de método; luego, a medida que la afición se convirtió en profesión, fui echando mano de las herramientas al uso: aparatos de documentación, cuestionarios, archivadores, etc. Pero siempre, al otro lado de las cámaras y las grabadoras, los rostros, las manos, el corazón y las historias de las gentes sencillas de nuestra tierra. Siempre me he sentido uno de los suyos porque lo soy. No he tenido que hacer ningún esfuerzo para entenderme

con ellos, porque son mi gente.

La cultura tradicional es un mundo variado, rico, lleno de matices, en cuanto uno cambia de localidad y de comarca, incluso dentro de ellas. Abarca todos los aspectos de la vida de las gentes. Es una cultura poco personalista, pues se ha ido formando con la aportación de las generaciones, hasta hace poco, en gran medida por imitación y por transmisión oral. Otra de sus características fundamentales es la frescura. Ya lo dice el cancionero popular:

*Yo tengo un cuerpo de coplas/ que parece un avispero. Se empujan unas a otras/ por ver cual sale primero.*

O con las palabras que José Hernández puso en boca del gaucho Martín Fierro: *Las coplas me van brotando como agua del manantial...* ¡Qué hermosa forma de definir la poesía popular! Así, de forma natural, nos ha sido transmitida la cultura tradicional, en largas veladas e intensas entrevistas, en conversaciones a pie de calle, en las solanas, en el interior de las casas, junto a la lumbre o al calorcillo de la mesa-camilla. Pero siempre con naturalidad, con esa forma de hablar pausada que se va adquiriendo con la madurez y la experiencia, pero también con la sensibilidad y la delicadeza del que transmite algo valioso, un tesoro que ha ido pasando de unas manos a otras, sin que nadie llegue a poseerlo en propiedad, pero que es patrimonio de todos.

En este tiempo de balance y de repaso a mis papeles, he querido traer algunos de los rostros de la gente que me abrió las puertas de su casa, me invitó a sus ritos y compartió su saber conmigo, siempre con generosidad. Muchos de ellos han fallecido ya, otros, afortunadamente, siguen entre nosotros. Para ellos mi reconocimiento y gratitud permanentes.